

Viaje nocturno (cuento)

Effe Montesdeoca



Image not found.

Capítulo 1

V I A J E N O C T U R N O (Cuento)

Effe Montesdeoca

-No me entiendes.

-¿Tú sí?

Acababa de anochecer y la carretera se perdía siguiendo el contorno de la sierra.

-No sé -dijo él mientras hacía cambio de luces-, pero ¿para qué nos ahogamos en un vaso de agua?

-No es un vaso de agua, es más.

Ella dejó de mirar la raya blanca del pavimento. Tenía el ánimo triste y vacío:

-Siempre que discutimos quieres sacarle la vuelta a las cosas.

-Yo no estoy discutiendo.

-¿Ya ves?

-Es que de todos modos nunca llegamos a ningún lado con esto.

-Porque no quieres darte cuenta de lo que nos está pasando.

Callaron un momento mientras él rebasaba.

-Yo no estoy conforme. Yo espero más. Esperaba -continuó diciendo ella.

-¿Qué?

-Sí, de lo nuestro: amor, no sé...

Las montañas desfilaban por la ventanilla del carro cambiando constantemente de situación, como si giraran frente a ellos.

-Es que hay tantas cosas que el amor se pierde detrás de todo: vivimos

inestables... el dinero... y todo eso -dijo él.

-Sí, ya sé.

-El trabajo, la ciudad, las deudas.

-Sí, sí. Eso es parte de nuestra vida, no lo podemos separar.

-Sí, así es.

-Pero encima de todo, debería estar, no sé, algo más.

-Y piensas que no lo hay -dijo él.

-Falta entusiasmo... cariño...

Visto desde el cielo el coche era un punto luminoso que se deslizaba jugando a seguir la trayectoria de una línea.

-Yo no sé qué ha pasado. Las cosas cambian, la convivencia de todos los días nos va cambiando poco a poco: la costumbre... Lo que pasa es que cada vez somos más nosotros mismos.

-Sí, pero si hubiera algo más, valdría la pena.

-¿No vale?

-Depende de ti. Te soy indiferente.

-Los faros del auto disolvían la oscuridad y otros autos disolvían, cada uno, su propio cerco de oscuridad. Otra gente viajaba por el mismo trayecto, cerca, pero tan lejos como la luna que vaciaba su luz sobre este lado de la Tierra.

-¿Indiferente?

-Me lo demuestras.

-Tú también.

-Porque le tengo miedo al desengaño, por eso ahora parto de cero: no espero nada.

-Llena la luna giraba en el horizonte, entraba al auto por los espejos, por las ventanillas laterales, por el parabrisas.

-Es tu derecho: soy raro, no tienes por qué entenderme. No sé bien lo que

quiero. Soy negativo.

-No lo seas.

-No es tan fácil.

-Inténtalo.

El panorama cambiaba mientras subían una larga pendiente de la carretera.

-Lo que pasa es que tú no me aceptas como soy. Quieres que cambie.

-Antes eras distinto.

La empinada pendiente forzaba la marcha del vehículo. El disco lunar, enorme, se suspendió encima del valle que descansaba allá abajo.

-Todos cambiamos.

-No, no, en realidad eres el mismo, pero ahora ya no te interesa nuestra relación. Ésa es la diferencia.

-No es eso.

La Tierra continuaba llenándose de luz helada. El carro salió al fin del terreno escarpado para evolucionar sobre una suave cuesta ascendente y recta, enfilando como otras veces en esa noche, pero más dramáticamente, directo hacia la luna llena que apenas parecía despegarse del suelo.

-Sí es eso: ya no hay amor.

-Pero es que el amor no es todo.

-¿No? Pero para mí es lo más importante... ¿Y la luna?

-No sé. Se ha de haber quedado detrás de los cerros.

-¿Si?

El resplandor de la luna había desaparecido. Únicamente la diminuta iluminación del auto penetraba en la noche, revelando oscuridad más allá de las tinieblas que disipaba.

-Qué oscuro está todo de repente, ¿no?

Hasta el acotamiento blanco de la carretera dejó de notarse; no aparecían ni los bordes del camino, sin embargo el auto avanzaba con normalidad, incluso se deslizaba agradablemente. Él disminuyó la marcha.

-¿Qué pasa?

Se detuvo. Una nube de polvo avanzó hacia el frente.

-Creo que me salí del camino.

-¿Del camino?

-Ya no hay pavimento.

-¿No será un tramo en reparación.

Cuando se disipó la polvareda reinició la marcha con desconfianza. Todo parecía una planicie polvosa, completamente estática. Se dirigieron hacia la zona que parecía mejor iluminada, fuera de la sombra que proyectaban las crestas que ocultaban a la luna para al menos apreciar mejor los alrededores. Vistas desde esa llanura las estrellas brillaban como nunca las habían visto, punteando abigarradamente la negrísima bóveda del cielo. Siguieron avanzando cuidadosamente hasta llegar a la zona iluminada: entonces el espejo retrovisor se llenó del cuerpo celeste, todo el espejo se llenó de aquella esfera suspendida a miles de kilómetros. Voltearon a ver el disco radiante, gigantesco y de una tonalidad esmeralda: la Tierra, sí, la Tierra: su luz iluminaba a raudales el plateado cráter lunar en donde ellos se encontraban.